La recepción de *Perito en lunas* y la imagen primera de Miguel Hernández

Guillermo Carnero

En este estudio, Guillermo Carnero define las dos primeras etapas de la creatividad poética de Miguel Hernández (el regionalismo, y el purismo y el neogongorismo), y nos ofrece en un extenso apéndice documental catorce reseñas periodísticas que configuran el perfil literario de Miguel Hernández entre sus contemporáneos de los años 30 del siglo XX.

Este año de 2010 nos ha traído una proliferación de actividades conmemorativas del centenario de Miguel Hernández, a lo largo de las cuales he comprobado que en el conocimiento del legado y el contexto hernandiano quedaba una pequeña tesela pendiente de colocar en su integridad: el corpus de artículos y reseñas con que la crítica de la década de los años treinta del siglo XX respondió a la obra primera de Miguel Hernández, y en especial a *Perito en lunas*, libro en el que Miguel había puesto mucha esperanza, cuya publicación le supuso un laborioso esfuerzo de camuflaje ideológico en su Orihuela natal, y una vez impreso, una tanda de decepciones. A esas cuestiones me referiré con la mayor brevedad posible, y como introducción a lo que aspiran a facilitar y divulgar estas páginas: el apéndice documental que las remata. Con él no pretendo atribuirme un supuesto «descubrimiento» bibliográfico, pues ese corpus ha sido ya enumerado [1] (aunque no siempre de

[1] No creo por ello necesario acumular aquí la bibliografía al respecto, harto conocida por los hernandistas.

forma correcta y precisa), y constituye un bloque de referencias frecuentemente citadas (habitualmente por boca de ganso); y si bien algunos de los textos que lo componen vienen estando a nuestro alcance completos, otros sólo circulan fragmentariamente. Mi intención es ofrecer a los lectores y estudiosos de Hernández, tras un paseo de primera mano por las hemerotecas, la reunión de esos textos en su integridad.

Miguel Hernández se inicia en la tan inevitable como desdichada estela del regionalismo a lo Gabriel y Galán y Vicente Medina. En ese momento intenta asumir la condición de *pastor poeta*, es decir de *ingenio lego*, reconocido como maravilla de esa rara genialidad innata que logra superar un destino presidido por la condena a la pobreza y la ignorancia. La condición de pastor poeta intenta explotarla primero ante sus coterráneos, en un horizonte de competencia con la declinante y mediocre estrella de Julián Sánchez Priego: véase al respecto, en *Voluntad* de junio de 1930, la insuperable cursilería de José Mª Ballesteros a cuento de «la huerta oriolana, tan bella que embelesa e inspira». La poesía de Hernández, sigue, fluye sin esfuerzo, «como la leche al ordeñarla»; por eso «es amena y cantarina». Por su parte, Juan Sansano, en el artículo que asimismo exhumamos en el apéndice documental distingue a Miguel del «improvisador de cuartetas chabacanas», es decir, del vate de Ocaña.

Una vez ennoblecido en el ámbito local, Miguel intentará revalidar en Madrid su láctea y huertana genialidad; pero allí topará con la ironía de colmillo retorcido de Ernesto Giménez Caballero, en esa entrevista en la que se mezclan la crueldad y la misericordia, y en la que queda asimismo de manifiesto la personalidad escindida del poeta pastor que, a pesar de serlo y exhibirlo, se presenta muy atildado y «tan señorito», y al que pretendidamente dice ayudar don Ernesto con esta cornada a la reciente República: «Gobierno de intelectuales: ¿no tenéis algún intelectual que esté como una cabra para que lo pastoree este muchacho?». Apostando de nuevo a dos barajas desde la exhibición de su doble imagen, se retrató Miguel –casi de etiqueta, por un lado; de cabrero y *en su barraquica* por el otro– junto a la entrevista de Francisco Martínez Corbalán, en *Estampa* del siguiente mes de febrero de aquel mismo 1932. Al iniciar ese frustrado primer viaje a Madrid,

Miguel había recibido la bendición de Ramón Sijé, en un vergonzante artículo del *Diario de Alicante* de 9 de diciembre de 1931, exaltación quejumbrosa y pedigüena a favor de los «pobres poetas desconocidos, que sufren, pregonando una vez más la servidumbre de la inteligencia», poetas entristecidos al crepúsculo, apoyados en una palmera levantina. Cuidado, exclama Sijé, con todo énfasis: «¡Que se nos muere el poeta. ¡Que se ahoga!»

Tras el episodio agropecuario, Miguel, mirando más allá del aprisco, adopta la poesía pura, y como lógica prolongación y consecuencia suya, el Neogongorismo. Este proceso lo lleva a saltar con retraso al furgón de cola del canon que ha establecido la generación del 27, antes de la instauración del Superrealismo y de la llamada *rehumanización* o *impureza*. A ese momento corresponde *Perito en lunas*. Se sitúa así Miguel en una constelación en la que brillan la greguería, el Creacionismo, el jaikú y el neopopularismo de los años veinte; desde *Poemas puros* de Dámaso Alonso y *Libro de poemas* de Lorca (1921) hasta *Jacinta la pelirroja* de Moreno Villa (1929). A su alcance estaba la obra de Góngora en el tomo 32 de la Biblioteca de Autores Españoles (1854), y el *Polifemo* en la edición de Alfonso Reyes (1923). No creo que dejara de interesarse, en el período de gestación de *Perito en lunas*, por las publicaciones todas a que dio lugar el centenario de Góngora, singularmente los *Romances* y las *Soledades*, preparados respectivamente por José Mª de Cossío y Dámaso Alonso (ambos en 1927); y cinco años más tarde (1932), por las *Obras completas*, en edición de Juan e Isabel Millé Giménez.

Creo igualmente que hubo de estimular a Miguel la crítica que señalaba que Góngora se distinguió por convertir metafóricamente toda realidad, incluso la más nimia, en arquetipo de belleza; ello en el sentido de superar a Góngora después de haberlo asimilado, con lo cual me refiero a dos de las características más llamativas de la época de *Perito en lunas*: primera, convertir en belleza metafórica no sólo lo nimio y sencillo, sino también lo sórdido; segunda, extender esa sordidez al ámbito religioso.

El mecanismo creativo de Miguel Hernández consistía en proponer al lector el juego de aludir, siempre de modo indirecto, desorientador y ocultador, a realidades cotidianas, vulgares o repugnantes, utilizando la artillería pesada del Barroco (léxico precio-

sista, sintaxis latinizante, transustanciación metafórica) y forzándola por abuso de ingenio y adición de humor, de tal modo que diera lugar a un resultado enigmático, aumentado por la eliminación de la mínima pista que podrían sugerir los títulos. El comentario de algunas de las octavas del libro lo demostrará.

La I, que se titula «Suicida en ciernes», comienza así: «A lo caña silbada de artificio, / rastro, si no evasión de mi suceso, / bajaré contra el peso de mi peso, / simulación de náutico ejercicio», lo cual quiere al parecer decir que un higo maduro caerá como cae un cohete estallado, y como un nadador se tira al agua. Pero no veo qué tiene que ver un higo que cae verticalmente sin haber ascendido, a no ser en forma de savia, con un cohete que sube, en efecto, porque parte de su peso es la pólvora que lo impulsa, y que una vez quemada se convierte en peso muerto; o con un nadador que penetra oblicuamente en el agua. La octava X («Sexo en instante») y la XII, «Lo abominable», son de las más citadas entre las de *Perito en lunas*. La primera nos cuenta una masturbación; la segunda, al parecer, que después de orinar de pie, defecamos sentados y ventoseando, de tal modo que el excremento cae sobre el retrete blanco, antes amarilleado por los orines. En semejante registro, los versos 5 a 8 de la octava XXX («Retrete»), a la que volveré más abajo, y la vigesimasegunda de las excluidas de *Perito en lunas*, que trata de una mujer que orina y defeca al mismo tiempo.

Parece excesivo, disparatado y traído por los pelos, llamar a los toreros «émulos imprudentes del lagarto» (III, «Toro»), porque se arriesgan en el ruedo vestidos con un traje coloreado; o «el camello más alto de canela» a una palmera, porque su tronco termina en los muñones de las palmas cortadas, algo pretendidamente semejante a una Diana de Éfeso jorobada y dromedaria (V, «Palmera»). Decir que el palmero hace «la degollación tras el ordeño» porque corta las palmas tras despojar a la palmera de sus dátiles (VII, «Palmero»); llamar «lógica consecuencia de la vid» a un descenso, porque los borrachos suelen caerse (XVI, «Serpiente»); a un pozo «minera, ¿viva?, luna, ¿muerta?, en ronda», y decir que «dentro de esa interior torre redonda, / subterráneo quinqué, cañón de canto, / el punto, ¿no? del río, sin acento, / reloj parado, pide cuerda, viento», para significar que el pozo es como un reloj,

porque para que siga manando hay que echarle el cubo con su cuerda (XVIII, «Pozo»). En la octava XXII («Panadero»), pretender que el panadero «doma trigo» cuando amasa, y que «libra de un seguro naufragio negro» al pan porque lo saca del horno antes de que se queme. En la XXIII («La granada»), llamar a esta fruta «tragedia de aglomerados rojos zares», y asemejarla, una vez abierta, a «revoluciones en los huertos», todo –aunque parezca increíble– por una asociación de pésimo gusto con el asesinato de la familia imperial durante la Revolución Rusa. En la XXIV («Veletas»), definir las veletas como «bakeres más viüdas», porque son negras como la bailarina Joséphine Baker, y están aisladas en la soledad de su altura. En la XXV («Azahar») escribir «ártica flor del Sur, es necesario / tu desliz al buen curso del canario», para significar que el limón amarillo debe su existencia al abandono deshonesto en que la flor blanca del limonero pierde la virginidad. Y así sucesivamente.

Muchos lectores y críticos han sentido ante la oscuridad de *Perito en lunas* una mezcla desconcertante de admiración, decepción e irritación. Al aparecer el libro, Miguel fue acumulando desengaños al leer las críticas, casi todas condescendientes y asépticas (Pedro Salinas en *Índice literario*, febrero de 1933; Rafael de Urbano en *El Liberal* de Sevilla y *La Verdad* de Murcia, marzo de 1933; Pedro Mourlane Michelena en *El Sol*, junio de 1933; Antonio Oliver Belmás en *Presencia* de Cartagena, febrero de 1934); dos únicas afirmativas con un toque de entusiasmo (José Ballester en *La Verdad*, enero de 1933; Pedro Pérez Clotet en *Isla* de Cádiz y en *La Verdad*, septiembre de 1933); alguna decididamente adversa (Alfredo Marquerie en *Informaciones*, febrero de 1933). Años después, una de las primeras y más sesudas estudiosas de Miguel, Marie Chevallier, tildó *Perito en lunas* de vacuo e intrascendente ejercicio, y de eco empobrecido de la escritura gongorina.

Decía Miguel en carta a Federico García Lorca de 10 de abril de 1933 que *Perito* tenía un «falso aire de Góngora», y que era superior a la obra de la mayoría de los poetas entonces consagrados. En cuanto a lo segundo, si se refería a la «Soledad tercera» de Alberti y la *Fábula de Equis y Zeda* de Gerardo hay que darle la razón, pero teniendo en cuenta que el pastiche neogongorino no

era la obra primera ni en consecuencia la tarjeta de presentación de ninguno de los dos. En cuanto a lo primero, ¿por qué consideraba Miguel que su neogongorismo era *falso*? La explicación me parece evidente: había sido consciente y doblemente *falsificado*. En primer lugar, el mecanismo metafórico gongorino está degradado en *Perito en lunas*, al recrearse en un espejo deformante y deformado por el truco de la desorientación premeditada, la burla y el esperpento de la analogía forzada en tanto que remota, estrafalaria y no identificable. En segundo lugar, si recordamos el célebre soneto con el que, a comienzos de aquel siglo XX quiso el poetastro Emilio Ferrari desacreditar el Modernismo llamándolo «Góngora pringado en compota americana», el Góngora de Miguel, tanto como su religiosidad, están pringados en algo peor: en semen, en orina y en excrementos. Hemos pues de considerar que ese gongorismo fue calculada y doblemente falso, y que con él Miguel quiso tomarle el pelo simultáneamente a los neogongorinos del 27, y a la derecha y la Iglesia de la Orihuela de hace un siglo, un ominoso ecosistema este último cuyas principales especies estaban representadas en el comité directivo de la revista *El Gallo Crisis*: un falangista, Juan Bellod Salmerón; un militante de la CEDA, José Mª Quílez; un meapilas como Ramón Sijé, a quien Falange no le parecía bastante de derechas por ser un partido, aunque fascista, laico.

En esa charca de ranas tuvo Miguel que alzar la voz antes de conseguir la capacidad de abandonarla; y mientras utilizaba hipócritamente a esas ranas, fue a su vez utilizado por ellas como *obrero domesticado* [2], en una mutua operación de dudosa legitimidad moral. A su mecenazgo debió la publicación de *Perito en lunas*, un libro en cuya octava XXX [3] la Purísima Concepción quedaba

---

[2] Los tres sonetos a María Santísima, la «Profecía sobre el campesino» y el «Silbo de afirmación en la aldea», publicados en *El Gallo Crisis*; el auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve*, y hasta cierto punto el drama *Los hijos de la piedra*; el artículo «Momento campesino», en *La Verdad*, de 8 de marzo de 1934.

[3] «Aquella de la cuenca luna monda / sólo habéis de eclipsarla por completo / donde vuestra existencia más se ahonda, / desde el lugar preciso y recoleto. / ¡Pero bajad los ojos con respeto / cuando la descubráis quieta y redonda! / Pareja, para instar serpientes, luna / al fin, tal vez la Virgen tiene una».

exaltada no sobre la luna y la serpiente del pecado original, sino sobre un retrete y lo que se llama un *zuro* [4]. La burla pudo prosperar y pasar desapercibida, entre otras cosas, gracias al aumento de la viscosidad enigmática del libro por eliminación de los títulos de los poemas. Porque de no ser así, don Luis Almarcha no sólo no habría pagado la edición de *Perito en lunas*, sino que habría repudiado y excomulgado a Miguel por blasfemia y sacrilegio.

Mis reflexiones se han limitado al episodio menos afortunado de la obra de Miguel Hernández. En él brilla, como mérito indu-

---

Léase en castellano: la luna cóncava de la taza del retrete la ocultáis y oscurecéis al defecar por el ano, dejando en ella el excremento. Respetad esa luna de porcelana del retrete, porque la Virgen tiene una luna pareja (semejante) para habérselas con su serpiente, ya que se la representa sobre una luna en cuarto creciente y sobre la serpiente del pecado original, dominada y aplastada gracias a la Inmaculada Concepción y a la consiguiente Redención. A lo certeramente apuntado por Agustín Sánchez Vidal a propósito de esta octava en las *Obras completas* de 1992, creo que debe añadirse que su interpretación descansa en el conocimiento por Miguel Hernández, que creo indudable, del significado del verbo *instar* como arcaísmo y tecnicismo jurídico: contradecir o impugnar; solicitar la aparición o manifestación de algo o de alguien; iniciar un proceso, o dejarlo abierto en espera de sentencia. Dado que Miguel tiene en mente el enfrentamiento teológico entre la serpiente del pecado original y la Virgen María de la Redención, no creo irrelevante ese planteamiento en términos jurídicos. No se olvide que Ramón Sijé era estudiante de Derecho en la Universidad de Murcia, y que Miguel conocía a muchos juristas, abogados y notarios de la Orihuela de su tiempo: Tomás López Galindo, amigo de Jesús Poveda, Carlos Fenoll y Ramón Sijé, en la época de la revista *Voluntad*; los asistentes a la tertulia del Hotel Palace (además de López Galindo y Sijé, el abogado Juan Bellod Salmerón y el juez José Olmedo); el abogado, exalcalde y diputado José Martínez Arenas. En cambio, no debe tenerse en cuenta lo que Miguel pudiera haber aprendido como pasante de los notarios José Mª Quílez y Luis Maseres, pues esos empleos fueron posteriores a *Perito en lunas*. Véase Agustín Sánchez Vidal, *Miguel Hernández, desamordazado y regresado*, Barcelona, Planeta, 1992, caps. 1 a 4; José Luis Ferris, *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Planeta, 2010; 1ª ed. 2002; Eutimio Martín. *El oficio de poeta. Miguel Hernández*, Madrid, Aguilar, 2010, caps. I a XVI.

[4] Además del significado habitualmente registrado (sinónimo de marlo de mazorca), «zuro» significa en el habla coloquial una porción de excremento que, al ser expelido y a causa de su viscosidad, ductilidad y maleabilidad, adopta un aspecto fusiforme y serpentino.

dable, una gran inteligencia y una consumada maestría técnica que terminan en el parto de los montes, por haber caído en todos los peligros, tanto los inherentes a la época como los de propia minerva, de la apropiación del gongorismo. Góngora es un poeta único e irrepetible. Su espíritu puede ser asimilado, pero fracasarán todos los que intenten reproducir su escritura, una trampa en la que, como Miguel pero indudablemente con menor brillantez, cayeron Alberti y Gerardo Diego, en las obras antes citadas, y Juan Gil Albert, en *Misteriosa presencia* (1936).

Como al principio señalaba, dar a conocer en la literalidad de sus documentos la recepción inicial de la imagen de Miguel Hernández, tras situarla mínimamente en sus coordenadas, ha sido mi propósito primordial en el apéndice documental de estas páginas. Excluyo, porque se salen de la zona de fechas que me he señalado y porque son fácilmente accesibles, dos artículos, con todo, de gran interés: el de Juan Ramón Jiménez, «Crítica – Con la inmensa minoría», *El Sol*, 23 de febrero de 1936; y el de Ramón Gaya, «Divagaciones en torno a un poeta: Miguel Hernández», *Hora de España* 17 (mayo de 1938). Incluyo, sin embargo, porque no resulta inmediatamente accesible y aunque se salga del ámbito preestablecido, el de Juan José Domenchina. «Anunciación y elogio de un poeta», *La Voz*, 25 de noviembre de 1935; y también el de Gerardo Diego, «Perito en lunas», *Cuadernos de Ágora* 49-50 (noviembre-diciembre de 1960), porque, a pesar de su carácter tardío, refleja inmejorablemente el estado de opinión generalizado en 1933 entre los compañeros y hermanos mayores literarios de Miguel Hernández.

Identifico en nota a pie de página aquellas referencias que me han parecido exigirlo. Las publicaciones periódicas que no llevan indicación de lugar son madrileñas.

Apéndice documental

José María Ballesteros

«Pastores poetas»

Voluntad (Orihuela) nº 7 (15 de junio de 1930), pág. 5

Recordarás, lector amigo, sin necesidad de forzar la memoria, pues no ha pasado mucho tiempo, el éxito clamoroso que en uno de los teatros de la Villa y Corte obtuvo, al estrenarse, una obra en verso titulada *Un alto en el camino*. Su autor, el «pastor poeta», se hizo famoso en toda España [5]. En Madrid se le discutía, era atacado por unos, defendido por otros, y el día del estreno salieron de Ocaña infinidad de amigos suyos dispuestos a hacer callar con sus aplausos las protestas preparadas por un pequeño grupo de intransigentes. El pastor poeta triunfó.

Por los áridos campos de Castilla un niño conducía el ganado para que pastara. Este niño tenía alma de poeta, y mientras sus borregos con la cabeza a ras de tierra buscaban las hierbas con que alimentarse, el pastor hacía versos. Creció el pequeño pastorcillo, se hizo hombre, abandonando entonces la monótona y sosegada vida pastoril por otros quehaceres. Fue en estos años un poco atolondrados de su vida cuando escribió *Un alto en el camino*; después se dedicó a la venta de semillas y máquinas agrícolas. El que oiga hablar del célebre pastor poeta se lo figurará un hombre romántico, de palabra fácil y dulce como sus versos; pero no, el pastor poeta es un hombre rudo, de mal carácter y hasta intespestivo [sic]. De pastor tiene solamente el recuerdo de su niñez, y de poeta sus versos, pues como hombre ni es pastor ni tiene su vida poesía.

Ya no se habla del pastor poeta toledano. Se olvidó el pastor de que fue poeta. Pero he aquí, lectores, que en la provincia de Alicante, en Orihuela y en una de sus calles más típicas, la calle de Arriba, vive un pastor que hace versos: Miguel Hernández. El pastor poeta oriolano es un pastor de cabras; nació pastor, conti-

[5] Se trata de Julián Sánchez Priego, nacido en Ocaña en 1886 y muerto en 1979, autor de la colección poética *En el chozo* (1922), más conocido como dramaturgo (ante todo por su comedia *Un alto en el camino*, estrenada en 1927) y luego como letrista de Juanito Valderrama.

núa siendo pastor y morirá tal vez pasturando su rebaño. Su oficio, su vida, es conducir las cabras durante el día por esta huerta oriolana tan bella, que embelesa e inspira; y al llegar la noche, repartir la leche de casa en casa, pensando siempre en los versos que compuso al correr las horas en que el sol estaba alto, sentado en plena huerta a la sombra de un naranjo que le protegía y aislaba del mundo material, transportándole veloz dentro de su reconcentrado ensimismamiento a esas regiones de plácidos ensueños que se suelen llamar «el quinto cielo».

El poeta oriolano es pastor y es poeta por naturaleza. Sus versos fluyen de su imaginación viva como la leche al ordeñarla. Escribe sin esforzar la inteligencia; por eso su poesía es amena y cantarina.

Escribir versos. ¡Qué difícil es escribir versos! Para Miguel Hernández, que escribe como habla, que escribe porque siente en su alma la poesía, no es difícil escribir versos. Los versos del pastor poeta oriolano rebosan naturalidad, sencillez; no tienen esos rebuscamientos del lenguaje perniciosos porque amaneran el estilo y demuestran pedantería. El pastor poeta oriolano escribe sin artificios, a la luz del sol, cara a cara con la diosa Naturaleza. Y en estos días cálidos de nuestra huerta , mientras sus cabras mascan la fresca hierba y saltan y corren por arroyuelos y bancales, nuestro pastor poeta escribe versos recostado en el margen de una acequia; y sueña, sin duda, con aquel cuento de la lechera, con la gloria y con el triunfo. ¡Sueña el pobre pastor poeta! ¡No está en este mundo, vuela por los espacios sin lindes de la cariñosa y dulce fantasía! Conserva el papel sujeto entre sus dedos contraídos; el lápiz se le cayó a la acequia y su cabra favorita, la mimada del rebaño, su Lucera, se recuesta a su lado y le lame las manos, el papel... y los versos.

Juan Sansano

Prefacio al poema «La bendita tierra», de Miguel Hernández
El Día (Alicante), 15 de octubre de 1930, pág. 1

Hace unos meses descubrimos que en uno de los barrios más típicos de Orihuela, en la calle de Arriba, vive un pastor poeta, al

que no hay que confundir con el improvisador de cuartetas chabacanas. Se llama Miguel Hernández, y todos los días, seguido por el ganado de cabras, sale a los caminos para beber la luz de la huerta y embriagarse en la contemplación de los paisajes de maravilla. Y allí, bajo las recias moreras, junto a los cañares rumorosos, hace sus versos. Versos dulcísimos, trazados por mano maestra, con toda la picardía de un excelso versificador que sabe buscar el metro adecuado para cada motivo.

Miguel Hernández ha de llegar a ser una gran figura de la literatura alicantina, para honra nuestra. La dulzura y la belleza de sus composiciones –algunas de ellas impecables– son dignas de figurar al lado de las del inmortal poeta salmantino Gabriel y Galán y las de Rey Soto [6], el gran artista gallego.

Nos llena de satisfacción la irrupción en el campo de la literatura alicantina de este bravo mozo orcelitano, hijo de modestísima pero honorable y digna familia. Es una promesa en flor que dará sus frutos enriqueciendo nuestras antologías con su claro talento, su fervoroso amor a lo bello y su vocación de altísimo poeta.

A continuación honramos nuestras páginas con la bellísima poesía, llena de ternuras y de hondos sentires, con que nos favorece su pluma de artífice.

Ramón Gijé [sic]
«Valores de Levante –Miguel Hernández– El pasado día 30 de noviembre marchó a Madrid el poeta Miguel Hernández»
Diario de Alicante (Alicante) 9 de diciembre de 1931, pág. 2

Benjamín Jarnés, en ironía un tanto despiadada, habla de los doscientos treinta y siete imitadores de las décimas de Jorge Guillén. Doscientos treinta y siete imitadores –añado yo– que, buenos unos y malos otros, proyectan continuas tristezas en el mapa

[6] El escritor y sacerdote orensano Antonio Rey Soto (1879-1966), de la Real Academia Gallega, autor de la colección poética *Nido de áspides* (1911) y la novela *La loba* (1918), y conocido primordialmente por su drama de ambiente regional *Cuento del lar* (1918).

literario español. ¡Pobres poetas desconocidos, que sufren, pregonando una vez más la servidumbre de la inteligencia! Y nadie que se preocupe de ellos (el gran Jarnés se ríe del poeta anónimo que ha comprado en una librería provinciana ese magnífico *Cántico* de Guillén); nadie que se interese por sus bellas cosas, sus vidas, sus primores de poeta. Ellos, que al nacer sólo han cometido un pecado: ese, horrendo, de ser poetas. Y ante la desdicha cotidiana, ante la incomprensión general de sus vidas, ellos... más poetas: «la vida es la piedra de toque del poeta», ha dicho finamente Manzoni. Aquí, en este pueblo de Levante, junto a una palmera, un poeta: en el sagrado momento del crepúsculo, una pena de poeta.

«Será un latido verde bien pronto la semilla» [7], ha profetizado, en ansia de vida jocunda, este gran poeta, que ayer nació en el Este y hoy marcha a la Meseta. Que sea un latido «azul» –aún nos acordamos de Hugo– la semilla que lleva dentro Miguel Hernández. Así se llama –nombre de huertano honrado de huerta adentro– este poeta. En Levante, junto a una bella palmera, una fresca delicia de poeta, recién nacido en la eterna mañana estética. Será un latido nuevo, «azul», la semilla del poeta (y en la serenidad de esa intuición estética, ¿dónde paran, amigo Jarnés, los seudopoetas, los mercachifles de la poesía...?).

Miguel Hernández, hijo de padres cabreros de origen y de oficio, vive unos años, hasta que es recio y fuerte de cuerpo, en un colegio de jesuitas[8], como alumno de bolsillo pobre. Sale a la vida –al campo y al camino– como pastor. Al abrir una página del *Ingenioso hidalgo* evoca a sus antepasados cabreros, en un ruego estupendo a Don Quijote. Y bien pronto, al beberse el paisaje, como él mismo dice, se siente poeta (todo es sentirse en la vida, y

---

[7] Verso octavo del poema «Lluvia...», publicado en *Destellos* de 31 de diciembre de 1930: *Obra completa*, I. *Poesía*, ed. Agustín Sánchez Vidal, José Carlos Rovira & Carmen Alemany, Madrid, Espasa Calpe, 1992, 209 y 777. *Destellos* fue una revista quincenal, fundada en Orihuela por José Mª Ballesteros y Ramón Sijé, y en la que actuaban como redactores Miguel Hernández y Carlos Fenoll. Tuvo 13 números, del 15 de noviembre de 1930 al 15 de mayo de 1931: Francisco Moreno Sáez (ed.). *La prensa en la provincia de Alicante durante la Segunda República (1931-1936)*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, 1994, 133-135.

[8] El de Santo Domingo, de Orihuela.

sentir con duda y angustia). Ve cruzar las arcaicas procesiones campesinas: «...Cien huertanos patriarcas, / ocho viejas con mantillas de hace un siglo y cien morenas / lindas vírgenes, olientes al madero de sus arcas».

Y se duerme la tarde, y él también con la tarde lenta y amorosa: así lo ha dicho el poeta [9], en un tono confidente, de misterio y redescubrimiento. Despierta, más poeta, concibiendo a la poesía como su hablar necesario –iba entrando en el supremo gozo de la gracia estética–, como Ovidio el romano: Me duelo de marcharme «con sombras, estrellas y la luna un poco gastada...», nos decía al despedirse. Y llega un momento en que se ahoga –porque no va a estar siempre ordeñando cabras para sacar la leche que regodea a los ricos–, en que sufre de angina de pecho espiritual: deseo de ser, de mostrarse un poco rasgando sus vestiduras, de cantar cabe a Castilla con voces calientes de Mediterráneo. Ir un poco oloroso de naranjos mozos, de buen aceite, de perfumes secretos, de mujeres levantinas. Que se nos muere el poeta. ¡Que se ahoga!... Y con su cara de adolescente, de aquellos que pintaba Cézanne, toma una determinación: irse, irse pronto... Ahora venimos de darle un abrazo de despedida, de la estación triste, solitaria –cualquier día os hablará Ramón de la sociabilidad de las estaciones de España–. Un acto histórico este, en la vida de ese poeta que lloraba, en las noches de luna, en el dolor de una vieja calle de su barrio.

Recordaréis vosotros al monovero «Azorín» ofreciendo gracias a las primicias barojianas [10]. Un acto así –la despedida–, intenso de vida nueva y compañerismo, y tristeza también. Hay silencio. Unas lámparas de fluido pobre alumbran el andén muerto, miedoso de mudez.

Repitiendo lo que Giménez Caballero hizo con alguien, hagamos –y que nos perdonen por los errores, porque aquí son frecuentes– la radioscopia de la poesía de Miguel Hernández:

Personalidad	250
Gabriel Miró	100
Poetas españoles (Jiménez, Guillén)	60

[9] No localizo estas dos referencias en la obra publicada de Hernández.
[10] Supongo que se refiere al «Epílogo» de *La voluntad*.

Franceses (parnasianos y simbolistas)	35
Rubén Darío	40
Sentimiento clásico	10
Regionalismo o localismo	1

Y toda su poesía en vida cruenta, en descripción y giro : «Fuga de linfas, mutis de noria, / huelga de brazos, sueños de surco», ha dicho cantando la paz de un domingo –día de reposo en movimiento de emociones–, rota por el más leve rumor:

«Trina el cordaje de una guitarra ,
baila el borracho, cruje una capa» [11].

Ernesto Giménez Caballero

«Un nuevo poeta pastor» [12]

La Gaceta Literaria nº 121. *El Robinsón Literario de España* nº 5 (15 de enero de 1932), págs. 10-11

Una de estas mañanas me llamó al teléfono Concha Albornoz, la hija de nuestro ministro de Justicia [13]:

– Giménez Caballero, aquí tengo un pastor poeta, se lo mando a usted.

– Mándemelo, Concha, tendré mucho gusto en recibirle.

Llegó a mi casa el pastor poeta. Me fijé en su cara y en sus manos.

Su cara, muy ancha y cigomática [14], clara, serena y violenta, de ojos extraordinariamente abiertos, como enredilando un ganado ideal.

Las manos fuertes, camperas y tímidas.

Le sometí a un interrogatorio de Juzgado municipal.

---

[11] Versos tercero y cuarto, decimonono y vigésimo del poema «Tarde de domingo», publicado en *Destellos* de 15 de diciembre de 1930. *Obra completa*, I. *Poesía* 1992 cit., 207-208 y 777.

[12] Nuevo», sin duda, por referencia al ya citado Julián Sánchez Priego.

[13] Álvaro de Albornoz (1879-1954), ministro de Justicia y Fomento de la Segunda República.

[14] De mejillas anchas y gruesos pómulos.

– ¿Cómo se llama usted?
– Miguel Hernández.
– ¿De qué pueblo?
– Orihuela.
– ¿Oficio?
– Guardador de cabras.
– ¿Cómo se aficionó a leer y escribir?
– Pues ya ve, cogiendo todos los papeles que encontraba, yendo a la biblioteca del pueblo.
– ¿Sus autores preferidos?
– Góngora, Lorca y Gabriel Miró.
– ¿Amigos literarios?
– Casi ninguno. Gijé [15] [sic], que usted conoce en Orihuela.
– ¿Qué ha escrito usted?
– Mire; estos versos, tómelos.
– Están manuscritos y son muchos, no quiero dejarle sin ellos.
– No importa, tengo copia. Lea a ver qué le parecen.
– Bueno, leeré estrofas significativas.

En cuclillas ordeño – una cabrita y un sueño. (Me gusta). *Yo me enjoyo la mañana – caminando por las hierbas.* (Me gusta). *En la tarde hay luna nueva – que esta luna nueva llueva* [16]. (Me gusta).

(Salpico la mirada por todas las hojas sueltas de su cuaderno. Es un auténtico pastor. Sabe a la hora que cantan los pájaros y duermen las ovejas, y suspiran las pastoras y salen los luceros y reluce la escarcha).

– Pero, hombre –le increpo–, ¿qué hace usted en Madrid vestido de gabán, tan señorito?
– Ya ve, quiero trabajar, colocarme en algo, sea como sea. Me vine con mis ahorrillos, aquello es muy estrecho, la Oleza de Miró [17]...
– ¿Y tiene usted esperanzas de colocarse en algo?

---

[15] Ramón Sijé: el error procede sin duda del *Diario de Alicante* de 9 de diciembre de 1931.

[16] Los dos primeros versos en *Obra completa*, I. *Poesía*, 1992, cit., pág. 118. No localizo los otros.

[17] Orihuela, en *El obispo leproso* y *Nuestro padre San Daniel.*

– La señorita Concepción Albornoz me ha prometido ayudarme... ¡Ah! Si publica usted mis versos póngales esta dedicatoria: «A doña Concepción Albornoz de Segovia, que, dulce y generosa hada, me pone bajo su protección. Respetuosamente».

Despedí a nuestro nuevo pastor poeta. Y le prometí que hablaría de él. Comprendí su angustia, su ansia, su sueño. Simpático pastorcito caído en esta Navidad por este nacimiento madrileño.

A los pocos días tuve una carta suya, que transcribo. Carta desesperada y reveladora.

Madrid, 19 de diciembre de 1931.

Al señor don Ernesto Giménez Caballero, Miguel Hernández.

Admirable, admirado Robinsón:

Comprendiendo que no puede usted desperdiciar un átomo de tiempo, no he querido visitarle otra vez. Lo que había de decirle se lo escribo para que lo lea cuando quiera. Además que, dada mi maldita timidez, no le hubiese dicho nada en su presencia. La vida que he hecho hasta hace unos días desde mi niñez, yendo con cabras y ovejas, y no tratando más que con ellas, no podía hacer de mí, ya de natural rudo y tímido, un muchacho audaz, desenvuelto y fino o educado. Le escribo, pues, lo que había de decirle, que es esto:

Las pocas pesetas que traje conmigo a Madrid se agotan. Mis padres son pobres y, haciendo un gran esfuerzo, me han enviado unas pocas más para que pueda pasar todo lo que queda de mes. He pedido también a mis amigos de «Oleza», que pueden bien poco, algo. Me lo han prometido... Lo que yo quisiera es trabajar en lo que fuera con tal de tener el sustento.

La señora Albornoz no puede hacer por mí nada, aunque lo desea vehementemente. La visité ayer y la saludé en su nombre. Dice que verá si sale algo... Yo no puedo aguardar mucho tiempo. Si usted no me hace el gran favor de hallar una plaza de lo que sea donde pueda ganar el pan, aunque sea un pan escaso, con tristeza tendré que volverme a «Oleza», a esa «Oleza» que amo con toda mi alma pero que asustaría ver de la forma que, si no se interesa usted por que me quede, tendré que ver.

Haga lo posible por que no sea y cuente con mi agradecimiento. – Miguel Hernández.

Queridos camaradas literarios: ¿no tenéis unas ovejas que guardar? Gobierno de intelectuales: ¿no tenéis algún intelectual que esté como una cabra para que lo pastoree este muchacho?

¿Quién ayuda al nuevo pastor poeta? ¿Qué ganado se le confía?

¡A ver! ¡Entre todos! ¡Un enchufe para este campesino! ¡Un destinejo para este montaraz! ¿A ver esa Casa de los Poetas!

¡No dejéis al muchacho volverse llorando y arruinado a su redil lugareño! ¡Hacedle aunque sea ferroviario! ¡A ver, a ver! ¡Vosotros, los literatos influyentes y mangoneadores! ¡Un premiecillo nacional [18] para este pastor! ¡Para este poeta parado!

Querido Miguel Hernández: si después de estas voces no me oye nadie más que usted, sepa por lo menos que mi buena voluntad se ha cumplido.

Francisco Martínez Corbalán[19]

«Dos jóvenes escritores levantinos: el cabrero poeta y el muchacho dramaturgo»[20]

Estampa nº 215 (20 de febrero de 1932), pág. 42

El muchacho –tiene veinte años– llega azorado y encogido. No es para menos. Lo que este joven moreno, de frente despejada y facciones enérgicas, tiene que decir es algo grave. Aun teniendo sus años, el lanzar el sustantivo que a él le bulle en el pensamiento encoge el ánimo. Acaso dentro de unos años –cuatro, cinco– lo proclame a voces por cafés y salas de redacción; luego, si es ver-

[18] El Concurso Nacional de Literatura había sido creado por Real Orden del Ministerio de Instrucción Pública de 27 de septiembre de 1922. Hasta el momento lo habían recibido, entre otros, Claudio de la Torre, Rafael Alberti, Gerardo Diego, DámasoAlonso y Cipriano Rivas Cherif.

[19] El asturiano Francisco Martínez Corbalán (1889-1933), periodista y poeta posmodernista y ultraísta, muy vinculado, por su vida y publicaciones, a Albacete (Almansa) y Murcia (Yecla, Cartagena), lo que explica que entrara en el círculo de relaciones de Miguel.

[20] Miguel ocupa las dos primeras columnas y las dos primeras líneas de la tercera, con dos fotografías; el otro, el «muchacho dramaturgo», es Virgilio López Soler, a quien se dedica la tercera columna de la página y una sola fotografía.

dad, no será necesario que lo diga: lo dirán por él. Lo difícil es decirlo ahora, cuando todavía no lo sabe nadie más que él, cuando puede –¡ay Dios!– estar equivocado. Por todo esto, que confusamente sabe o intuye, Miguel Hernández se presenta azorado y encogido.

Nosotros le estamos mirando con simpatía, y como vemos asomar por el bolsillo de su americana unas cuartillas, alargamos, sonriendo, la mano para que nos las entregue.

El muchacho tiene un momento de vacilación.

– Yo...

– Ya, ya comprendo. Usted trae una informacioncita. Y ahora siente cortedad. ¿No es eso?

– No. Precisamente eso, no. Yo... En fin: yo soy poeta.

Esta sencilla, esta inesperada y bella palabra nos ha llenado de perplejidad. Porque no estamos preparados para enfrentarnos así, sin más ni más, con un poeta. Claro que a él, al poeta, le ocurre lo mismo; se encuentra en idénticas circunstancias, y además –esto debe ser atroz– tiene que confesar su lírica condición. Miguel Hernández se ha puesto en pie, ha sacado las cuartillas del bolsillo y nos las pone delante resueltamente.

Cuando un joven de veinte años alarga así sus primeras cuartillas, hay que tomarlas y leerlas.

Pues no están mal los versos. Y por si en este joven hay un poeta de verdad, inquirimos detalles de su vida.

– Mi padre –dice– es pastor de cabras en Orihuela, y lo mismo fui yo desde los catorce años. Antes fui a la escuela, donde aprendí a leer y escribir. Lo primero que leí fueron novelas de Luis de Val y Pérez Escrich[21]. También he leído el *Quijote*.

Le alentamos con la atención. No queremos preguntar nada para que él diga todo lo que tiene tan pensado, tan escogido. Toda su verdad interior.

---

[21] Dos valencianos: Enrique Pérez Escrich (1829-1897), periodista y novelista de ideología católica conservadora, y Luis de Val (1867-1930), conocido y prolífico folletinista.

– Miró es el escritor que más me gusta y el que acaso haya influido más en mí.
– ¡Miró! El maravilloso poeta de la mirada serena y la prosa de filigrana, de volumen, de carne, de luz y sol y viento.

Esta admiración por el gran escritor levantino aún capta más nuestra simpatía.

– He leído a Góngora, Rubén Darío, Gabriel y Galán, Machado y Juan Ramón Jiménez. El que más me gusta es Juan Ramón.

Los primeros versos los escribió a los diez y seis años, y pudo publicarlos en revistas de Orihuela. Está en Madrid desde diciembre. Y ha venido a luchar.

Sólo por sus admiraciones –Miró y Juan Ramón– se le puede juzgar con toda cordialidad. Pero es que, además, el joven Miguel Hernández es despierto, rima con gran facilidad y apunta un fino sentido lírico que, si logra cultivarse, ha de dar a su tierra levantina motivos de satisfacción y de orgullo.

Yo sé mirar hacia el hondo zafir
donde una lumbre se pone a temblar,
y sé pensar y llorar y sentir...,
pero no sé ni escribir ni explicar [22].

Este es el hombre. Tiene lo que no se compra; le falta lo que se puede adquirir. Porque sinceramente creemos que puede ser, le asomamos a nuestras páginas con la esperanza de que el Ayuntamiento de Orihuela o la Diputación alicantina le tiendan la mano, le ayuden a estudiar, a prepararse para «ser».

[22] No localizo estos versos entre la obra primeriza publicada de Miguel Hernández.

José BALLESTER[23]

«Perito en lunas»

La Verdad (Murcia), 29 de enero de 1933, pág. 4

En este segundo libro de las ediciones «Sudeste»[24] comparece ante el público habitual de la Poesía Miguel Hernández, que ayer mismo era un adolescente y hoy esgrime su buril maravilloso con la soltura del maestro y con la acometividad del mozo fuerte.

Tipográficamente el libro es un primor. Hay que proclamarlo en honor de la industria y del buen gusto provincianos.

Su contenido, un retablo profano del más inconfundible estilo barroco; del que inquietó al verso español a fines del Seiscientos, anticipando la literatura en un centenar de años a las artes plásticas.

Una sinfonía de octavas reales, no glorificando a Caupolicán ni haciendo la apología de la mujer boca de risa [sic] sino a la manera de aquellas con las cuales el inquieto canónigo cordobés incensaba a S.E. el duque de Lerma[25]. Hechas con oro, cristal, mármol y luz selénica. Dibujadas como columnas salomónicas por cuyos fustes serpea el hipérbaton, y roza los límites de la extravagancia, pero sale victorioso de ella. La estrofa y sus órganos, al conjuro de

---

[23] El murciano José Ballester Nicolás (1892-1978), novelista, amigo de Jorge Guillén, Juan Guerrero Ruiz, Andrés Sobejano, Carmen Conde, Antonio Oliver y Ramón Gaya, funcionario de Correos, periodista en *La Verdad* y gestor de su Suplemento literario.

[24] El libro fue el resultado de un laborioso proceso de selección sobre un material mucho más amplio; hubo de constar de sólo 42 octavas porque el contrato editorial imponía a la colección («Sudeste», de Ediciones *La Verdad* de Murcia) un máximo de 46 páginas, de acuerdo con el modelo establecido por el primer volumen de la serie, *Tiempo cenital*, de Antonio Oliver Belmás (1903-1968). *Tiempo cenital*, publicado en 1932, fue su segundo libro de poemas.

[25] La impresión del texto es descuidada: contiene una falta grave («haya» por «halla»); lo que supongo una ultracorrección propia del habla de Murcia (artes «plácticas»), y un verso indudablemente corrompido: «boca de risa», que ha de ser «de fresa» o «de rosa». Ballester alude al «Panegírico al duque de Lerma» de Góngora, («Si arrebatado merecí algún día / tu dictamen, Euterpe, soberano» ...), y a dos poemas de Rubén Darío: el «soneto áureo» titulado «Caupolicán» en *Azul...*, y los versos segundo o decimonono de «Sonatina», de *Prosas profanas*.

este poeta nuevo, ha resucitado con vibración auténtica, y son netos, finos, elegantes, cabales. No, como pudiera presumirse, cadáveres de octavas y de endecasílabos, sino una nueva generación de ellos nacida al paisaje del siglo XX con elementos contemporáneos y *bouquet* gongorino.

Miguel Hernández, después de las espinelas de Jorge Guillén trae al divagar estético de hoy un nuevo problema relacionado con la génesis de lo barroco. Estamos viendo en nuestros días la más peregrina dualidad de tendencias. Junto a la lucha por la conquista de una nueva serenidad clásica, se estremece la legión de cultivadores de ese arte que Wölfflin llamaría de la euritmia en movimiento[26]. Por donde las estrofas que acabamos de leer se identifican con la danza y son danza, es decir vida, o bien progresión hacia una meta.

De aquí que el barroquismo sea el arte de lo humano, y el clasicismo un arte de lo divino; aquél llevaría por lema «Plus ultra», y éste «Términus». Pero si el primero es dinámica y el segundo reposo, cabe pensar que el uno sea energía y el otro cansancio. Y pues coexisten, y además responden a un paralelismo de tensiones sociales, este momento que tenemos el honor de presenciar acaso es el pirueteo de la paradoja histórica coetánea, a la que se halla adscrita la paradoja estética.

Ambas direcciones solicitan al recién llegado. Hernández ha abierto los ojos a la luz del arte en uno de ellos, y teniendo todavía un largo camino que recorrer, no sabemos cuál será su orientación definitiva. Ciertamente que no es de los que se duermen a la sombra del laurel, y que por donde vaya irá con él la Poesía.

---

[26] Supongo que Ballester se refiere al pasaje de *El arte clásico. Una introducción al Renacimiento italiano*, en que Heinrich Wölfflin (1864-1945) elogia la *Dorotea* de Sebastiano del Piombo, y *El nacimiento de la Virgen* de Andrea del Sarto: pág. 148 de la ed. de Madrid, Alianza, 1982; pudo tener a mano la traducción francesa de Conrad du Mandach (*L'Art classique*, París, Didot, 1911); no he logrado encontrar el menor rastro de una traducción española disponible en aquel momento. Si la fuente es *Conceptos fundamentales en la Historia del Arte*, la traducción manejada es la de José Moreno Villa, Madrid, Calpe, 1924.

Alfredo MARQUERÍE[27]

«... Del verso nuevo en Levante»[28]

Informaciones 15 de febrero de 1933, pág. 2

En el mapa de las avanzadas y avanzadillas literarias peninsulares ocupan un significado lugar las Ediciones Sudeste de Murcia. Con delectación y primor de impresión muy loable ellas acaban de lanzar un nuevo libro de versos: *Perito en lunas*, de Miguel Hernández Giner[29].

Había tratado hace algún tiempo de este joven poeta, o mejor de este *caso* de joven poesía, Giménez Caballero en su *Robinsón*. Por él supimos que Hernández Giner era un muchacho pastor dotado de finas intuiciones líricas, que escribía versos un poco a la manera terruñera, pero en los que apuntaban gracias virginales de actual estilo.

Sometida sin duda a depuración y cultivo la flora poética del joven pastor, fue injertando poco a poco lo erudito en lo popular. Y por eso su obra se nos presenta, aunque repugne algo la palabra, como el resultado de un experimento que atrae y excita la curiosidad crítica.

Mejor que de la *pericia* sentimental del poeta sobre el paisaje lunar, sobre la luna como tema de desnudo lirismo, debe hablarse de su *peritaje*. Hay efectivamente en su poesía algo de curso estudioso, de lección gongorina bien aprendida –pero lección al fin– que no puede confundirse con la espontánea destreza. No es fórmula fácil la que Hernández Giner ha demostrado asimilar en su libro, y en ello se confirma la indudable existencia, la autenticidad

---

[27] Alfredo Marquerie (1907-1974), periodista y poeta ultraísta; tras *Rosas líricas* (1923) y *23 poemas* (1927), en 1934 apareció su mejor libro, *Reloj*. En la década de los años treinta se afilió a Falange Española.

[28] El título completo es «Don Armando Palacio Valdés y sus *Tiempos felices*. Del verso nuevo en Levante». Omito la primera parte del artículo.

[29] Miguel Hernández Gilabert era su verdadero nombre, y «Giner» el segundo apellido de su madre. *Perito* lleva en portada, como nombre del autor, «Miguel Hernández Giner», y así firmó Miguel en los dos primeros números de *El gallo crisis*, probablemente para evitar ser confundido con su primo Antonio Gilabert, actor y poetastro.

de un temperamento y de una sensibilidad abierta a las más agudas sugestiones.

Cuando el poeta se encara, por ejemplo, con la imagen del espantapájaros en medio de los trigales («...allí –te eriges con tu aire de mendigo– meseguero incorpóreo que has dejado –riéndose tu cabeza en el granado»); cuando recrea con personal acento y firme imagen un panorama aldeano y campesino («Ven por los anteojos de los pozos– cielo en moneda, luz en lentejuelas»)[30] es sin duda el instante en que más cerca se encuentra del hallazgo de la verdad, o por lo menos de su verdad poética. Pero al dejarse arrastrar por la influencia gongorina se nos oscurece o extravía.

Y es que la poesía no consiste en eludir el nombre de las cosas, sino en expresarlas del modo más puro y nítido, con la mayor y más clara resonancia emocional.

Anónimo [¿Pedro Salinas?]
«Hernández Giner (Miguel).– *Perito en lunas*.– Ediciones Sudeste.– Murcia, 1933.– 50 páginas, 4°.– (S.p.)»
Índice Literario año 2 nº 2 (febrero de 1933), págs. 54-55

Este primer libro de un joven poeta alicantino es una colección de 41 octavas reales[31]. Cada una de ellas constituye una entidad poética independiente; sin embargo, el libro ofrece un carácter poemático, no ya sólo por la unidad de estrofa, sino por su limitación dentro de un concepto invariable de lo poético. Es éste, sin duda alguna, el neogongorismo bebido directamente en su fuente original del gran poeta cordobés y en las versiones «a lo moderno» que de esta visión poética dieron algunos escritores, por ejemplo Rafael Alberti –(*Cal y canto*)[32]– poco más o menos en la época del centenario del poeta. El Sr. Hernández Giner aplica a todo un repertorio de realidades concretas un procedimiento de trasmutación conceptual y de expresión metafórica constantes,

[30] Cita parcial de las octavas 19 y 41 de *Perito en lunas*.
[31] En realidad una más, 42.
[32] «Soledad tercera», en *Litoral* 5-7 (octubre de 1927) y *Cal y canto*, Madrid, Revista de Occidente, 1929.

una conversión del sujeto en objeto poético, como dice en unas breves palabras liminares Ramón Sijé[33]. La acumulación de recursos de esta índole carga la estrofa de elementos sensuales, en perjuicio, acaso, de su claridad inmediata, acercándose así, no ya por vía imitativa sino por una especie de afinidad temperamental, al lejano modelo Góngora.

Rafael de URBANO [4]

«Notas a un libro. En octavas heroicas hacia la Luna»
El Liberal (Sevilla), 5 de marzo de 1933, pág. 2; *La Verdad* (Murcia), 16 de marzo de 1933, pág. 4

Perito en lunas, de Miguel Hernández Giner. Ediciones Sudeste 1933.

«Tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella un solo pie», nos aconsejó Goethe. Y Miguel Hernández Giner digirió el consejo, y nos testifica en un libro con cuarenta y dos octavas heroicas su desmembración, dejando un pie en la tierra mientras el otro sube a la luna por esos cuarenta y dos escalones líricos de su obra.

¿Crítica al libro? No. Notas al margen. Notas pulsadas en el clavicordio afirmativo que Guillermo de Torre destacara en su sentido de la nueva crítica; y con la solidaridad y responsabilidad con que Cansinos - Assens la glosara.

En este libro hay un mayor mérito de forma que de fondo. Aun cuando el fondo venga iluminado con los mejores y más agudos colores sensitivos –gama gongorina–, la forma –que pudiéramos concebir interrogadora– es lo más destacable en el comienzo de este año 1933, que buen calor tenga para las letras.

---

[33] «Cuando el poeta es recta unidad y torre cerrada, cruza, pariendo, su tercera luna: es el poema de rito inefable, producto de *la acción transformante y unificante de una realidad misteriosa* [...] Miguel Hernández [...] ha resuelto, técnicamente, su agónico problema: conversión del *sujeto* en *objeto* poético. Porque la poesía – y *su poesía*, con musculatura marina de grumete – es, tan sólo, *transmutación, milagro y virtud*». Miguel Hernández. *Obra completa*, I. *Poesía* 1992 cit., 253.

[34] El gaditano Rafael de Urbano (1906), gestor de la sección de literatura del Ateneo de Cádiz y de la revista *Isla*.

Hay quien cree que las mañanas llegan invariablemente con su sol, su rocío, su optimismo. Viene después el mediodía, la tarde, la noche, y otra vez la mañana – rotación insípida. Mas no, yo he descubierto que todas las mañanas llegan porque las llaman los gallos. El día que se sirva en la mesa el último gallo, se habrá terminado universalmente la mañana. Como el día que no aparezcan estos libros renovadores, líricos –sal de unas salinas compuestas de cloruro inaugural y sodio de fidelidad– como *Perito en lunas*, se habrá perdido la posibilidad en la restauración de lo trascendental literario.

Por ello digo que este libro viene al momento español con un mayor mérito de forma que de fondo.

Si algún día alcanzase el Ministerio de Instrucción Pública un amigo mío, no le pediría más favor que hiciera colgar en todas las Universidades grandes cartelones donde, con letras gigantescas, apareciesen aquellas palabras de Ortega y Gasset en *El tema de nuestro tiempo*: «Cada generación tiene su vocación propia, su histórica misión». Es el secreto. Y, ¿cómo no resaltar estos libros –piedras arrojadas con fuerza en lago quieto– si traen a la baraúnda de lo rutinario el campaneo exigente de nuestra responsabilidad?

Perito en lunas es un trabajo lírico pletórico del aire de su época. Cartel de librerías. Hito de historia.

Ni viene en conquista de una pervivencia futura, ni trae unas impresiones moldeadas con reglas malolientes a naftalina... Grito de atención, sí; diana del cuartel artístico. He aquí su gran valor: un positivo valor en estos momentos tan necesitados de que la juventud perciba la gran responsabilidad heredada.

Lo trascendental literario de hoy es el revés de lo trascendental literario de ayer. Recordemos a Guillermo de Torre: «Rehabilitemos las categorías del tiempo. Seamos fieles a la época. No nos dejemos devorar por el dragón amenazador de la Eternidad. Y exclamemos con Quevedo: «lo fugitivo permanece y dura». Porque el Tiempo es una realidad, y la Eternidad un concepto. El Tiempo es algo real, tangible, mensurable. La Eternidad es un truco inaprehensible, urdido por los sofistas y los teólogos para calmar ese vago [sic] y empero contumaz hambre de infinito que padece el hombre. Por otra parte, no hay idea que imponga en

nuestra mente tanto pavor y desánimo como este concepto abstracto y falso: Eternidad. Ante la Eternidad todo se diluye y se degrada, o mejor, se nivela en una común borrosidad. Ante ella, en la distancia –contra la común creencia– se hunden las categorías señeras y las diferencias jerárquicas establecidas por el Tiempo. Creer en la Eternidad es caer en el escepticismo. Establecer los dictados del Tiempo contemporáneo implica la posesión de un entusiasmo y de una fe en el poderío transmutador del Hombre. En trance de enjuiciar y definir nuestra época aceptamos, pues, las normas del Tiempo con toda su inherente relatividad»[35].

Todavía la cultura general no está a punto de poder abarcar esto. Por ello las impresiones que traen las nuevas líneas de expresiones y motivaciones se encierran en círculos de minorías. Y las prédicas propagadoras, junto a esas jóvenes revistas que van y vienen en la atmósfera literaria española, son estos libros que –como *Perito en lunas*– dominan con giros desconcertantes, pero atrayentes, ya definitivamente para el que su espíritu [sic] no esté mortalmente arrastrado por las corrientes desertoras.

La edición «Sudeste» es digna de esa revista que esperamos con tanto afán de nuevo verla volar nostálgica de todos los vientos...

---

[35] Todo este largo párrafo, desde «Rehabilitemos» hasta «relatividad», está tomado literalmente del «frontispicio» de *Literaturas europeas de vanguardia* (Madrid, Caro Raggio, 1925) de Guillermo de Torre, puntos cuarto («El deber de fidelidad a nuestra época») y quinto («Contra el concepto de lo eterno»): op. cit. ed. José Mª Barrera, Sevilla, Renacimiento, 2001, págs. 42 y 44. *El tema de nuestro tiempo* apareció en volumen en 1923, habiendo sido anticipado como folletón en *El Sol;* la cita corresponde a la segunda parte de la frase inicial del capítulo 2°. El verso de Quevedo es el final del soneto «A Roma, sepultada en sus ruinas».

P. [Pedro MOURLANE MICHELENA[36]]

«Hernández Giner, Miguel: Perito en lunas. Ediciones Sudeste, Murcia».
El Sol 6 de junio de 1933, pág. 2

Don Miguel Hernández –nos informa en el prefacio de este libro D. Ramón Sifé [sic]–, nacido el 30 de octubre del año de gracia poética de 1910 en Orihuela, lugar situado a 50 kilómetros de Alicante, a 30 de Murcia, ha resuelto técnicamente su agónico problema: conversión del sujeto en objeto poético. Porque la poesía y su poesía, «con músculatura marina de grumete, es tan sólo trasmutación, milagro y virtud».

Como se ve, el clima de este libro es el del entusiasmo, y no será nuestra pluma la que descorazone a un poeta sin edad. Hernández Giner muestra, por otra parte, disposiciones felices para la escritura en verso. No estamos siempre en posesión de las claves del *ars poética* en que Hernández Giner se ha graduado.

Aún podremos, con todo, comprender estas rimas arcanas del poeta orcelitano.

Existen iniciaciones tardías, y por otra parte el atajo de la captación infusa nos tienta. Para admirar, podría añadirse, no es indispensable comprender, y la razón se inhibe no pocas veces en los juegos del arte.

Anuncian un poeta de los elegidos las octavas del volumen, en las que hay versos de belleza imperiosa. Veamos esta octava:

Hay un constante estío de ceniza
para curtir la luna de la era,
más que aquella caliente que aquel iza,
y más, si menos oro, duradera.
Una imposible y otra alcanzadiza:
¿hacia cuál de las dos haré carrera?
¡Oh tú, perito en lunas; que yo sepa
qué luna es de mejor sabor y cepa!

[36] Nacido en 1888 y fallecido en 1956; compañero de Rafael Sánchez Mazas y Ramón de Basterra en la «Escuela romana del Pirineo», y miembro de Falange Española.

O esta otra:

Anda, columna, ten un desenlace
de surtidor. Principia por espuela.
Pon a la luna un tirabuzón. Hace
el camello más alto de canela.
Resuelta en claustro viento esbelto pace
oasis de beldad a toda vela;
con gargantilla de oro en la garganta
fundada en ti, se alza la sierpe, y canta[37].

Ese primer verso que vuelve, «anda columna, ten un desenlace de surtidor», es un prodigio de gracia, aunque nosotros, fieles a nuestra doctrina estética, no le pidamos jamás a la columna que desmaye de su firmeza.

No es doctrina, que es, a lo mejor, algo que sigue al enfriamiento del alma, lo que hay que pedirle a un poeta, y menos a un poeta de veintidós años. *Perito en lunas* es, en suma, un libro que cuenta con nuestra atención afectuosa.

Es posible que la poesía de Hernández Giner no sea aún, como quiere Sijé, «trasmutación, milagro y virtud». Eso es ya todo lo que puede ser la poesía. Pero *Perito en lunas* nos descubre a un poeta indudablemente dotado. No es poco.

Anónimo [Pedro PÉREZ CLOTET]
«Perito en lunas»
Isla (Cádiz) nº 2-3 (1933), pág. 71; *La Verdad* (Murcia)
7 de septiembre de 1933, pág. 4

A propósito de *Perito en lunas* se han recordado oportunamente las palabras goethianas: «Tened en cuenta la realidad, pero apoyad en ella sólo un pie». Porque esto es lo que ha hecho Miguel Hernández Giner –poeta de Orihuela– en este bello cartel

[37] Octavas trigésima quinta y quinta de *Perito en lunas*. Con respecto a *Obra completa* 1992, hay irrelevantes diferencias en puntuación; y el cambio de «iza» en «alza», en verso último de la segunda.

poético que acaba de publicar. La realidad viene a ser para él una vaga referencia. Sólo la necesaria para alzar sobre ella la delgada y pura arquitectura de su mundo. Es decir, que Hernández Giner es de esos poetas auténticos que hoy saben bien que hacer poesía es ir dejando caer de las manos, sobre la usual geografía –sentimental y física– que nos rodea, ya tantas veces cantada, pedazos frescos y palpitantes de un nuevo orbe íntimo. De un orbe que quizás choque con ese de todos los días, pero que es tan verdadero y real como él. Cuarenta y dos octavas integran este libro, que como tantos otros castillos de difícil poesía, nos salen al camino, para su conquista, en un magnífico alarde de excelso y concentrado lirismo. Cuarenta y dos octavas de luz gongorina, tersas y trabajadas.

Este *Perito en lunas* –pulcramente publicado por Ediciones Sudeste– nos hace desear con vivo deseo nuevas producciones de Hernández Giner. En las que éste, siempre en trance de la mejor luna, nos siga trazando, cada día con mayor perfección, el signo de su poética verdad[38] .

Anónimo [Antonio OLIVER BELMÁS]
«Perito en lunas.– Miguel Hernández Giner. Editorial Sudeste, Murcia 1933»
Presencia. Cuaderno de Afirmación de la Universidad Popular (Cartagena), año 2 nº 2 (febrero de 1934), pág. 7

Poesía para cultos; poesía encerrada en moldes clásicos (octavas a la manera gongorina), que turban por su hermosa tradición lírica y desconciertan a los no iniciados por su atrevida y luminosa levantinidad poética.

[38] Reproducido en *La Verdad* de Murcia, 7 de septiembre, con un leve cambio: «necesita» en vez de «necesaria».

Juan José DOMENCHINA[39]

«Anunciación y elogio de un poeta»
La Voz 25 de noviembre de 1935, pág. 2

Este poeta, Miguel Hernández, desconocido conocedor de la poesía (gran conocedor de su incógnita, de la suya, de la del poeta –que es al propio tiempo la X o la cruz en aspa de la poesía– y de la otra, más huidiza y menos despejable, la del conocimiento lírico), se anuncia, pronuncia, revela y rebela escuetamente acompañado de todas las soledades del espíritu, sobre la lucidez de su temperamento. ¿Quién es Miguel Hernández? Él mismo nos responde desde las revistas que inauguran el orto de sus hallazgos: desde sus mocedades. Sin propósito de aconsonantar los dones característicos de este poeta, no es inútil decir que «puericia», «primicia» y «pericia» se acomodan en él como pasmo y conciliación de virtudes incompatibles. ¿A dónde nos lleva y de dónde *se trae* este barroco numen? No por transitar publicaciones de distinto género pierde Miguel Hernández la brújula ni el espíritu de su itinerario. Ninguna de las revistas que acogen sus versos le *contiene*, porque su pasión sin énfasis –que no es incontinencia, pero que rebasa toda medida– resulta imposible de contener. Miguel Hernández amanece, quebrando albores, con madrugón no intempestivo, en *El gallo crisis* de Orihuela. Como gallo católico, logra ahuyentar las brujas del aquelarre pueblerino, con sus tres irreprochables sonetos a María Santísima[40]. Pero después, inmediatamente después, sin engallarse ni trastornarse en gallo de veleta de torre, el juvenil Miguel, perplejo de zozobras críticas, desvanece el júbilo de *El gallo crisis* y le pica en la cresta con su nada beatífico «Beatus ille», o «Silbo de afirmación en la aldea», donde mide y descomide la eficacia del exabrupto lugareño. ¿Cómo nos persuade en su «Beatus ille» este numen agreste? «Alto de mirar a

[39] Madrileño, nacido en 1889 y muerto en el exilio mejicano en 1959. Crítico literario, poeta (*Del poema eterno*, 1917; *Las interrogaciones del silencio*, 1918; *La corporeidad de lo abstracto*, 1929; *Dédalo*, 1932) y novelista (*La túnica de Neso*, 1929), casado con la poetisa Ernestina de Champourcín.

[40] «En el Misterio de la Encarnación», «En el de la Asunción», «En Toda su Hermosura», *El Gallo crisis* nº 2 (1934), págs. 1-2.

las palmeras, y rudo de convivir con las montañas», el montaraz rapaz, tan hecho a hacer –por lo largo y tendido– aguas menores en su aldea, nos incrusta inopinadamente el cántico de la palabrota. Al zagal se le ha metido el *Diablo Mundo* en el cuerpo :

¡Cuánto labio de púrpuras teatrales,
exageradamente pecadores!
¡Cuánto vocabulario de cristales,
al frenesí llevando los colores
en una pugna, en una competencia
de originalidad y de excelencia!
¡Qué confusión! ¿Babel de las babeles!
¡Gran ciudad!, ¡gran demontre!, ¡gran ...*silleta*!,
¡el mundo sobre rieles
y su desequilibrio en bicicleta!

¿No va demasiado lejos, no se pierde el insobornable cantor en las encrucijadas de su «menosprecio de corte»? No, no se pierde. Porque en el *fiel* atisba la «alabanza de aldea», con sus sabrosas compensaciones:

¡Ay, cómo empequeñece
andar metido en esta muchedumbre!
¿Ay!, ¿dónde está mi cumbre,
mi pureza y el valle del sesteo
de mi ganado aquel y su pastura?
Y miro y sólo veo
velocidad de vicio y de locura.
Todo eléctrico, todo de momento.
Nada serenidad, paz recogida.
Eléctrica la luz, la voz, el viento,
y eléctrica la vida.
Todo electricidad, todo presteza
eléctrica: la flor y la sonrisa
el orden, la belleza,
la canción y la prisa.
Nada es por voluntad de ser, por gana,
por vocación de ser. ¿Qué hacéis las cosas

de Dios aquí: la nube, la manzana,
el borrico, las piedras y las rosas?

Pero el poeta insiste, a propósito de los rascacielos, en rascarse en público con sus ternos más ternes. Ahora bien: la civilidad de la urbe relega esa terminología a los suburbios de la expresión. Mas a la veracidad exasperada de un poeta no hay modo de ponerle límites:

¡Asfalto!, ¡qué impiedad para mi planta!
¡Ay, qué de menos echa
el tacto de mi pie mundos de arcilla,
cuyo contacto imanta
paisajes de cosecha,
caricias y tropiezos de semilla![41]

¿Hay algo ilícito en las expansiones de la hermosura? Miguel Hernández nos hace sentir como realidad legítima el triste hecho de que la belleza regüelde.

Tras la libertad católica de *El gallo crisis*, la católica clausura de *Cruz y raya*. El poeta pone en *Cruz y raya* el punto redondo de un *pastiche* sacramental: los últimos sacramentos de una pauta seguida e infringida paródicamente. *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*[42], el auto sacramental del arcangélico Miguel, me parece un peregrino alarde de fidelidad socarrona y de pericia mimética.

Con dos exquisitos sonetos retóricos se instala Miguel Hernández al sur de España, en el aislamiento provisional de *Isla*, refugio y oasis andaluz de las letras. ¿Arribada forzosa? Uno de sus sonetos –«Tabla de salvación»–, harto explícito, lo dice:

Nadie me salvará de este naufragio

[41] *El Gallo crisis* 5-6 (1935), págs. 25-30. Domenchina cita los versos 1, 2, 39 a 48, 60 a 78, 93 a 98; y altera el 46, que dice en el original «gran puñeta». El contexto urbano y el tono satírico le recuerdan *El Diablo Mundo* de Espronceda.
[42] Apareció en *Cruz y Raya* en dos entregas (nº 16, julio, y 17-18, agosto-septiembre de 1934), y en sobretiro del mismo año.

si no es tu amor, la tabla que procuro,
si no es tu voz, el norte que pretendo.[43]

Mas la veracidad del poeta no se compadece con el inflexible rigor retórico, y así, a poco, monta a pelo –al pelo– ese *Caballo verde para la poesía* que comanda, que hace como que comanda, pero que no frena –que afortunadamente no frena– el chileno Neruda. Y sobre los lomos del *caballo verde*, Miguel Hernández va ensanchando Castilla, su Castilla poética, al galope. El soberbio y absorbente cantor vive «como único» el trajín único de sus galopadas, querencioso de apropiarse ese «cosechón de páramo y llanura»[44] que su apetencia de labriego columbró antaño.

Que nadie se oponga a la prosperidad de tan ardiente bravura. Que sea sólo Castilla la que gaste y desgaste sus juveniles ímpetus. Ebrio de vida y en rudas paradojas, Miguel Hernández impone su primacía sobre la piel de *El caballo verde*. Con marca de fuego. Su poema –«Vecino de la muerte»– proclama las más augustas y firmes vecindades de vida que pueden asistir a un hombre y corroborar a un poeta. No importa que el poeta, tal cual vez, se extralimite en el vértigo de sus algaras; tampoco importa que la metáfora brutal –«el arado y los dos bueyes»[45]– roture con ultraje el decoro siempre intacto de nuestro origen. Miguel Hernández merece la atención y el estímulo de los amigos de la verdad y de la belleza. Por lo que ya es Miguel Hernández y por la significación latente de su numen, me cumple escribir, sin reservas ni atenuaciones, el elogio de este singular poeta de España.

---

[43] Primer terceto del que comienza «Tengo estos huesos hechos a las penas» en *El rayo que no cesa*. En *Isla* nº 7-8 (1935), en efecto con el título citado: José Antonio Hernández Guerrero. *Cádiz y las generaciones poéticas del 27 y del 36. La revista «Isla»*, Cádiz, Universidad, s.a. [1983], págs. 235 y 277-278.

[44] Verso trigesimoprimero del poema «La morada amarilla», publicado en *El Gallo Crisis* nº 2 (1934), págs. 21-23.

[45] «Vecino de la muerte» se publicó en el nº 1 (octubre de 1935), págs. 13-16, de *Caballo verde para la poesía*. El verso que cita Domenchina es el vigesimotercero.

Gerardo DIEGO

«Perito en lunas»

Cuadernos de Ágora 49-50 (noviembre-diciembre de 1960), págs. 26-27

Perito en lunas. Extraño y gracioso título. Recuerdo la sorpresa que me produjo su lectura cuando el poeta novato, Miguel Hernández, de Orihuela, me envió el libro. Y es que «lunas», con todo el arrastre de romántica poesía que la palabra suscita, aunque el plural la meteorologice un tanto arrimándola al calendario agrónomo y marino, se aviene mal con la pedantería del grado de perito. El único punto posible de confluencia es la idea o palabra implícita de «agrícolas» [sic]. Y en efecto, así es. El nuevo poeta venía del agro, y el campo le debe lo fundamental de su inspiración y la razón de ser de su arriscada personalidad artística. Lo otro, el capricho de atar por el rabo esas dos moscas, se lo debe a la fecha, 1932, que sería probablemente la de composición del poema, puesto que se acaba de imprimir en enero de 1933 en la capital de la región, si no de la provincia, Murcia.

He dicho poema y en rigor apenas lo es, sino más bien haz de poesías levemente unidas por una constante intencional y una cierta preferencia por la presidencia [sic] de las lunas, ya en sí mismas, ya aludidas como imagen de esto o de lo otro –sandías, cornamentas, navajas–. Y esta es la primera dificultad que el lector ingenuo se topa al acometer el libro. La de entender que ha de tratarse de un solo poema continuo, a pesar de que cada estrofa, cada octava, lleva su número romano sucesivo. Cierto que en nuestros poemas clásicos había precedentes de este sistema de numeración por estrofas, sobre todo en ediciones modernas, pero en general disposición tal parece separar más bien que unir.

El poema de Miguel Hernández no se hubiera podido escribir en otra fecha ni en otro momento de su vida de poeta. Nacido en 1910, nace a la afición de las musas bajo el signo de Góngora, celebrado y vindicado cuando cumplía él sus diecisiete años y se enfrascaba en la lectura –otro Rubén Darío– de los tomos del Rivadeneyra[46]. El contubernio de Góngora y Calderón por un

[46] La Biblioteca de Autores Españoles.

lado, y de Alberti y de la *Fábula de Equis y Zeda*[47] por otro, disparan barrocamente la impetuosa salida y el silbo más alacre que vulnerado del primerizo, que ya en estas sus primeras armas hace vibrar su estro, su tábano poderoso y auténtico, en ondas de inconfundible personalidad imperiosa. Más adelante, apenas dos años han de transcurrir, ya está plenamente formada y decidida la desbocada y fulgurante carrera en plenitud de un gran poeta. A los nombres antes recordados, al [sic] que habría que agregar el de Jorge Guillén, se suman y entreveran ahora los de Lope y Quevedo y los de Lorca, Neruda y Aleixandre. Pero Miguel se incorpora toda inicial influencia con tal asumidora personalidad que queda su poesía triunfante y novísima, su metal de voz hirviente y sonoroso, su ritmo propio y restallante campeando en el cielo de la mejor poesía española.

No es esencialmente creada la poesía de *Perito en lunas*; es, como en Góngora o en Guillén, alusiva y antianecdótica, aspirante a la poetización por la esencia en un proceso que marcha de lo concreto a lo abstracto. De donde se deduce que para gozarla plenamente hay que entenderla, y para entenderla hay que saber recrear en sentido inverso el sendero recorrido por el poeta. Si no, nos quedamos a oscuras, aunque nos halague el juego de imágenes que, borrosa su identificación metafórica, se nos quedan en gratuitas imágenes vagamente sugeridoras y verbales. Con esto sólo hay ya suficiente elemento de goce poético, pero el designio del poeta que nos invita al descifre queda malogrado por pereza o incapacidad del lector. No obstante, hay que agregar que la carga de arbitrariedad y el prurito de alejar el lenguaje directo son tan extremados que la responsabilidad del fracaso [sic] intérprete hay que endosársela en parte al poeta. Pudo suceder esto alguna vez a Góngora, más a Guillén, más a Mallarmé, y no menos al Miguel «perito». No creo que haya un solo lector, que lo hubiera en 1933 tampoco, capaz de dar la solución a todos los acertijos poéticos que propone. Porque son acertijos en los que rara vez entrega disimuladamente la solución deslizada. El acertijo es un género poético tan antiguo como la poesía popular, y el doble o triple

[47] Del mismo Gerardo Diego: *Fábula de Equis y Zeda*, México, Alcancía, 1932; facs. Santander, Fundación Gerardo Diego, 2010.

deleite de la agudeza, de la sorpresa y de la emoción poética (que es compatible cuando el oráculo es de verdad poeta) se conjugan en una síntesis deliciosa. Entre nosotros, también la poesía de Pedro Salinas en su etapa de fábula y signo, aunque Salinas solía dar la solución demorada al final del poema.

Veamos, como muestra, el número XXIII:

> Sobre el patrón de vuestra risa media,
> reales alcancías de collares,
> se recorta, velada, una tragedia
> de aglomerados rojos, rojos zares.
> Recomendable sangre, enciclopedia
> del rubor, corazones, si mollares,
> con un tictac en plenilunio, abiertos,
> como revoluciones en los huertos.

No hay palabra «sésamo». Hay sólo «aglomeración» de imágenes en que dos ideas, la del color rojo y la de multiplicidad, nos pueden ayudar a dar con la clave: granadas[48]. El resultado poético es ciertamente bello, y valdría la pena compararle con el poema sobre el mismo fruto de Valéry[49]. Pero no es solamente bello, sino que la mención expresa de palabras como «sangre», «tragedia», «zares», «revoluciones», nos salpica de emociones intensamente humanas y hasta apremiantemente actuales de 1933.

Suele despreciarse este libro primerizo por considerarlo indigno del gran Miguel Hernández, del poeta todo arrojo y corazón y audacia de expresión patética. No lo estimo justo. Este paso, tan prematuro y ya tan firme, era necesario para llegar a aquella furiosa y trágicamente malograda plenitud que, ¡ay!, no había de tener segunda

---

[48] Véase la interpretación de esta octava («La granada») en *Obra completa*, I. *Poesía,* 1992 cit., págs. 794-795.

[49] Acaso el verso tercero del soneto «Les grenades», de *Charmes* (París, Nouvelle Revue Française, 1922): Paul Valéry. *Œuvres*, I, ed. Jean Hytier, París, Gallimard, 1968, 146.